

ALCESTES

Seminario Multidisciplinario
José Emilio Gutiérrez
SMJEG
Facultad de Humanidades
UFR-KP

Eurípides

Versión libre para Teatro Escolar
de José Rafael Gilot

SINOPSIS

Júpiter expulsó del cielo a Apolo, porque éste dio muerte a los cíclopes que forjaban los rayos del padre de los dioses. Después de esta expulsión, Apolo tuvo que refugiarse en el palacio de Admeto, rey de la Tesalia. Apolo demostró su agradecimiento a Admeto, salvándole la vida. En otra ocasión Apolo obtuvo el consentimiento de Júpiter para salvar la vida de Admeto, a cambio de que otra persona quisiera morir por él. Todos se negaron a este sacrificio. Sin embargo Alcestes, esposa de Admeto, aceptó morir por su esposo.

La acción de la tragedia comienza poco antes de morir Alcestes. Ambos esposos, se despiden uno del otro, y ella muere. Admeto se dispone a celebrar los funerales de la esposa, cuando se presenta Hércules, quien pide albergue en el palacio del rey. Admeto tiene una deuda de agradecimiento con Hércules, por lo que decide alojarlo en el palacio y ocultarle que Alcestes ha muerto.

Mientras Admeto está sepultando a Alcestes, una sirviente del palacio revela a Hércules que quien ha muerto es la reina. Hércules decide salvarla, lo que efectivamente logra hacer. En la escena final Hércules regresa con Alcestes viva, y la devuelve a Admeto.

Esta tragedia tiene un final feliz; aunque queda intacto el planteamiento de cuál es la verdadera estatura moral de Admeto, quien consiente en que su esposa muera por él. Ni sus promesas de luto perpetuo, ni sus lamentaciones de desesperación logran excusar su conducta totalmente. Mientras que a su lado se levanta decidida la figura heroíca de Alcestes, símbolo del amor conyugal.

C.1
CA 1306409

A L C E S T E S

Eurípides

Versión libre, para Teatro Escolar
de José Rafael Gilot

PERSONAJES

Alcestes, esposa del Rey Admeto

Admeto, rey de Feres

Hércules

Sierva I

Sierva II

Coro de la ciudad de Feres

Corifeo

Sirvientes de la casa de Admeto

La escena representa la entrada del palacio de Admeto.

- ESCENA I -

(Entra el Coro de la ciudad de Feres)

CORO : ¿Qué silencio es éste, que invade los atrios del palacio?

¿Por qué ningún amigo se acerca a llorar la suerte de la reina?

CORIFEO : ¿Es que vive aún la desdichada Alcestes?

CORO : No se escuchan del dolor los ayes lastimeros, ni el fúnebre canto de la flauta hace gemir con su gemido al viento, ni vemos alzarse hasta los cielos en plegaria las manos suplicantes de los deudos, implorando ¡piedad! a los dioses que del Hades, moran en las tenebrosas regiones del silencio.

CORIFEO : No callarían, sin duda, si estuviera muerta.

CORO : Nadie puede impedir que los eternos designios del Destino, al fin se cumplan.

CORIFEO : ¡Alcestes morirá!

CORO : ¡Alcestes morirá! Sobre las aras reposan los inútiles, sangrientos sacrificios a los dioses inmortales. ¡Todo fue en vano! Camino incierto es la vida, pero ... morir es hundirse en las tinieblas del arcano.

- ESCENA 2 -

(Sale la Sierva del palacio)

CORIFEO : ¡He aquí una sierva que sale del palacio!

SIERVA I : ¡Oh hijos de esta tierra! me pesa acrecentar aún más, hoy vuestro duelo! Cercano está ya el fin de nuestra amada reina.

CORIFEO : Pero ... ¿vive aún?

SIERVA I : Sí, pero no hay esperanza de salvarle la vida. La muerte implacable reclamó una víctima, y como juez rindió la sentencia inapelable. Admeto nuestro rey, debía morir; o en su lugar cualquier hombre o mujer. (Pausa) Mas, sólo Alcestes, su querida esposa, se aprestó a este heroíco sacrificio de trocar, una vida por la otra. (Pausa) Sabed que muere, con la gloria de ser en este mundo, la más fiel de todas las esposas. (Mutis)

CORIFEO : ¿Y quién lo negará?

CORO : En el amor conyugal, ¿qué mujer habrá que le supere? ¡No hay ninguna como ella! ¡Ninguna como Alcestes! Su nombre, será siempre, de amor supremo ejemplo, que no hay prueba de amor más convincente, que aquél que da la vida sin reparos, por aquello que quitarle la vida misma quiere. Del luto vestiremos los fúnebres ropajes y entre lamentos lloraremos la suerte, que el Destino inescrutable nos ha impuesto.

CORIFEO : Pero ... ¡mirad!, que ella con su esposo del palacio salen.

CORO : ¡Oh clama! ¡oh gime!, tierra ferea^(*), que la mejor de las esposas hoy descenderá al mundo de los muertos.

*Nota: Los habitantes de Peres, se les llamaba fereos, de aquí tierra ferea, ciudadano fereo. Es palabra llana.

- ESCENA III -

(Sale Alcestes, sostenida por dos siervas y Admeto.

Detrás, el lecho.)

ALCESTES : ¡Sol y luz del día, por última vez deseo veros! ¡Oh tierra y techos de estos atrios! ¡Hermanos y amigos de mi patria!, adiós os diré hoy para siempre. (Pausa. Presa de una visión próxima.) Veo aproximarse la barca de dos remos. (Exaltada.) ¡Carón, el ladino barquero de los muertos, la conduce! (Descendiendo del palacio.) Sus palabras de muerte me conminan. (Pausa.) ¿Por qué vacila tu paso temeroso? Date prisa, ¡tú sola me detienes! (Transfigurada.) ¿No veis que alguien me lleva de la mano, a la mansión de las eternas sombras? ¡Siento caer sobre mis ojos la noche tenebrosa de la muerte! (Pausa) ¡Oh esposo mío! ¡Ay de mis hijos!, debo abandonarlos cuando más necesitan de la madre. (Pausa.)

CORO : El rayo del dolor desgaja nuestras almas, con la violencia ciega del rencor oculto, ¡oh dioses del empuje, sed propicios a quien por satisfaceros ha de morir al fin.

ALCESTES : ¡Oh Admeto, esposo mío!, ves en que estado me hallo y antes de morir quisiera hablarte. (Pausa.) Dejo la vida en prueba de este amor, por ti, y consiento en que seas tú, quien viva. Cuida de nuestros hijos con cariño ... No deseo, sin ti, una vida con hijos huérfanos de padre. (Con extraordinario esfuerzo.) ¡Triste es decirlo, pero tus padres, que te dieron la vida, hoy por egoísmo te la quitan ...

ADMETO : Después que mueras, tú sola serás llamada esposa mía y ninguna otra mujer compartirá conmigo el poder soberano de este reino. Llevaré el luto mientras viva, hasta que otra vez nos reunamos para siempre en las sombras de la eternidad.

ALCESTES : El tiempo prestará alivio a tus penas. La voluntad de los dioses hoy se cumple ... en tinieblas mis ojos ya se cierran. (Expira. Pausa. El coro se arrodilla. Las siervas acuestan a Alcestes en

el lecho. Admeto se arrodilla a su lado. El Coro inicia las lamentaciones, el cortejo fúnebre comienza a abandonar la escena.)

CORO : ¡Oh desdichada Alceste!, que atraviesas, en silencio, la laguna estigia y dejas atrás a los que aún te quieren. Por ti, los poetas pulsarán la lira al recordar, que aleve la muerte te acechó y te arrancó la vida. Para todos, mañana, serás siempre supremo paradigma, del amor que valeroso desafía la muerte y la vence, entregándosele callada como víctima. Ojalá me fuese posible devolvarte indemne a la luz de la existencia en este día, que sólo tú mereces, de nuestro canto la alabanza eximia.

- ESCENA IV -

(Entra Hércules que llega de lejos.)

HERCULES : Extranjeros que habitáis esta tierra de Feres, ¿podré encontrar a Admeto en su palacio?

CORO : En el está ¡oh Hércules!

CORIFEO : Pero di: ¿qué asunto te trae a esta tierra?

HERCULES : Debo concluir uno de los trabajos que el Destino, siempre cruel y obstinado conmigo, me ordena, puesto que he de pelear con los hijos de Marte. Aunque sé cuán difícil será esa tarea, nadie podrá decir jamás que yo, el hijo de Alcmena, ha rehuído el enemigo.
(Sale Admeto del palacio. Viste ropas de luto.)

CORIFEO : Mira a Admeto, nuestro soberano, que sale del palacio.

ADMETO : Salve, hijo de Júpiter y Alcmena.

HERCULES : Salve tú, Admeto, rey de los tésalos. ¡Los dioses te protejan!

ADMETO : Tal es mi deseo ferviente.

HERCULES : ¿Qué significan esas galas de duelo?

ADMETO : Hoy he de sepultar a una mujer.

HERCULES : ¿Extranjera, o parienta tuya?

ADMETO : Extranjera; aunque, por otra parte era de mi familia.

HERCULES : ¡Ojalá Admeto, que no te encontrara agobiado por ese dolor!

(Inicia el mutis.) Buscaré hospitalidad en otra parte.

ADMETO : (Deteniéndole con la voz.) No debes hacerlo.

HERCULES : No me parece bien sentarse a la mesa de los amigos afligidos.

ADMETO : El aposento para los huéspedes, que te aguarda; está separado del palacio.

HERCULES : Déjame ir.

ADMETO : No debes ausentarte en busca de otro albergue. (A uno de los servidores.) Ve delante, abre los aposentos del palacio regio que no comunican con mi morada. (A Hércules) Allí, mis sirvientes te atenderán, como es debido. (A otro de los sirvientes.) Cerrad por dentro la puerta que da al palacio, pues no está bien que nuestros lamentos contristen a nuestros huéspedes. (Mutis de Hércules y los dos sirvientes.)

- ESCENA V -

CORIFEO : (A Admeto) ¿Qué has hecho? ¿Por qué ocultaste la desgracia de tu casa a ese extranjero, tu amigo según dices?

ADMETO : El dolor y la desgracia personales no deben ser obstáculos para mostrar la cortesía que merece un amigo, el mejor de todos.
(Mutis.)

CORO : ¡Oh palacio de Admeto!

! cuánta riqueza

encierra el corazón de tu dueño soberano!

! Cuánta nobleza

prodiga sin cesar su generosa mano

al viajero,

extranjero,

que solicita su hospitalidad!

De su alma generosa la bondad,

no es capaz de negar techo ni abrigo
ni al caminante, ni al rico, ni al mendigo
que para todos guarda Admeto la misma gratitud,
!Oh heroíca virtud,
la de este hombre
que prefiere ocultar, callar el nombre,
de la que en este palacio soberano muerte halló.
No es posible !no!
que ante el dolor ingente, que sin piedad
triza y estremece el alma del monarca,
los dioses no detengan la fatídica barca
de Caronte, hacia el reino brumoso de la eternidad.
No, no es posible que los dioses guarden silencio ahora,
ahora que nuestra voz ruega e implora
una señal siquiera de consuelo,
un lenitivo que calme nuestro duelo
ante el decreto irrevocable de la fatalidad.

- ESCENA VI -

(Entra el cortejo fúnebre de Alcestes,
rodeada de esclavos. Admeto la
acompaña.)

ADMETO : Benévolos habitantes de esta tierra, que estáis aquí presentes,
ya los servidores llevan los despojos de mi amada a la pira y
al sepulcro. Decid adiós, en este instante, a la mujer más noble
de este reino, quien ha sido y será mi única esposa, a quien tendré
presente siempre en mi vida, con el dolor perenne del recuerdo.
(Mientras sale de escena el fúnebre cortejo, el Coro entona esta
lamentación.)

CORO : ¡Ay triste hija de Pelias,
deventurada por tu osadía!
Adiós noble y fiel esposa de nuestro rey Admeto;
tu nombre será siempre en nuestra vida,
de la lealtad conyugal,
supremo paradigma.
¡Oh desdichada Alcestes!,
que al atravesar las brumosas aguas de la Estigia
los dioses benévolos te acojan;
que sólo tú mereces
de nuestro duelo la alabanza eximia.
Si allí hay recompensas para los virtuosos
de ese galardón, tú eres la más digna.

- ESCENA VII -

(Entra Hércules, coronado de mirto, copa en
mano. Le sigue la Sierva II)

HERCULES : ¿Por qué me persigues con esos ojos torvos e inquietos? No
agradan a los huéspedes tristes servidores, sino que los tratan
con cortesía. (Pausa. Bebe de la copa.) ¿Por qué no quieres
beber conmigo? (Irónico.) ¿No hicieron las libaciones de la
muerta? (Se sienta en la escalinata del palacio.) Como somos
mortales, debemos saber lo que nos interesa, que a mi juicio la
vida triste y seria resulta inútil.

SIERVA II : Lo sé, pero no está mi ánimo para tomar parte en banquetes y
bromas.

HERCULES : La muerta es una mujer desconocida, una extranjera; no llores
que a pesar de todo, los dueños de este palacio viven.

SIERVA II : ¿Cómo que viven? ¿Ignoras la desgracia ocurrida?

HERCULES : Acaso me haya engañado.

SIERVA II : Excesiva es la bondad de mi señor para con los huéspedes.

HERCULES : Y por celebrar los funerales de un extranjero, ¿no debía tratarme bien?

SIERVA II : No has llegado al palacio en la mejor ocasión para que se te reciba como huésped.

HERCULES : ¿Cómo?

SIERVA II : Estamos de luto, ¿no ves nuestros ojos llenos de llanto y nuestras ropas de duelo?

HERCULES : ¿Pero quién ha fallecido? (Pausa.) ¿Alguno de los hijos de Admeto o su anciano padre?

SIERVA II : Quien ha muerto, es nuestra reina, ¡la incomparable Alceste!

HERCULES : ¿Qué dices? ¿Y aún así me disteis hospitalidad?

SIERVA II : ¡Inmensa es la liberalidad de mi señor!

HERCULES : ¡Oh desventurado! ¡qué mujer perdiste!

SIERVA II : Todos perecemos con ella.

HERCULES : Debí preguntártelo, pero Admeto me hizo creer lo contrario asegurándome que celebraba los funerales en honor de una extranjera. (Recriminándose.) Contra mi voluntad, entré en este palacio... y he profanado con mi presencia y mi conducta el palacio de un hombre hospitalario. (Pausa.) ¿En dónde la sepultan?

SIERVA II : A poca distancia del palacio, cerca del camino que va a las murallas de la ciudad, verás el túmulo. (Mutis)

HERCULES : ¡Oh corazón, que a tantas empresas te atreviste! ¡Oh alma mía, prueba que naciste de Júpiter y de Alcmena! Debo rescatar a la hermosa Alceste, de las sombras del Hades. Sólo así probaré mi agradecimiento por el hombre que me dio asilo en su palacio y no me rechazó a pesar de su grave desdicha. ¿Qué griego será más noble que Admeto? (Pausa.) No dirá que hospedó a un ingrato en su casa. (Mutis. La escena queda sola unos minutos. Después entran el Coro y Admeto.)

- ESCENA VIII -

ADMETO : (Contemplando el palacio.) Motivo de tristeza es entrar a este solitario palacio! (Pausa) ¿A dónde iré? ¿En dónde fijaré mis ojos que no venga a mi memoria el recuerdo de mi esposa? ¡Dichosos los muertos, envidiable es su suerte, yo desearía habitar entre ellos! No me alegra la luz, ni que mis pies huellen la tierra. (Sube hasta la puerta del palacio.)

CORO : ¡Oh rey Admeto!, lamentable es tu suerte.
Triste es no ver más el semblante
de la esposa amada que la muerte robó.
En adelante,
deberás resignarte, que no eres el primero
a quien el dardo certero
del Destino
hiere sin piedad.
Peregrino
es el hombre que cruza por el mundo
en búsqueda incansante de la felicidad
y un día ese Destino vengador e iracundo
lo señala y agobia con la fatalidad.

ADMETO : ¿A dónde me dirigiré? Me acuchillará la soledad que reina dentro de este palacio, cuando contemple vacío el aposento de mi esposa.
(Pausa) Todos, todos mis enemigos me señalarán como un cobarde, que entregando su cónyuge a la muerte, conservó la vida. (Pausa.)
Así me infamarán para colmar mi desdicha. ¿Por qué, ¡oh dioses!, he de conservar la vida? ¿Por qué ¡oh amigos! debo seguir viviendo? La razón de mi existencia la he perdido, para qué continuar esta estéril tortura del espíritu.

CORIFEEO : ¡Resígnate!

CORO : que indiferentes a nuestros ruegos,
son los ciegos
dioses que moran en el reino de la muerte.
De nada sirve entristecerte
y levantar tu voz de desconsuelo.
No aumentes tu desvelo,
también los hijos de los dioses inmortales
descienden un día
a la mansión sombría,
donde la muerte impía
agita con su sombra, las sombras infernales.

ADMETO : !Oh luto y eterna aflicción por la muerte de la que amo! ¿Por
qué me impedisteis !oh dioses inmortales! arrojarme en su
tumba? Juntos habríamos atravesado el lago infernal.

CORO : Grato recuerdo guardamos de tu esposa
!noble como ninguna era tu compañera!,
Levántale honrosa tumba a su memoria
para que su gloria entre los hombres nunca muera.
que los viajeros,
peregrinos y extraños,
al paso de los años,
la veneren como a los dioses imperecederos.
Y digan: !oh mujer ejemplar!,
tú sólo eres digna de nuestras preces,
tú solo las mereces
por tu heroísmo singular.

CORIFEO : Pero he aquí !oh Admeto! que se acerca a tu palacio el hijo de
Alcmena.

- ESCENA 9 -

(Entra Hércules con una mujer cubierta con un velo negro.)

HERCULES : Con libertad, ¡oh Admeto! debemos hablar a los amigos, y no callar, guardando en el pecho nuestras dudas y temores. Como yo llegué a tiempo para acompañarte en tus desdichas, creí que me las confiarías, pero me hospedaste en tu palacio como si sólo te afligiera mal ajeno, cuando en verdad, el cadáver de tu esposa yacía en el féretro. Sin conocer lo que realmente había ocurrido, coroné mi cabeza y ofrecí libaciones a los dioses en tu palacio.

ADMETO : No por menosprecio, ni por desconfianza te oculté la suerte sin ventura de mi esposa, sino porque hubiese sentido otro dolor más grande si te negaba la hospitalidad, que como amigo de esta casa te mereces.

HERCULES : Vuelvo a tu palacio, ¡oh Admeto!, para solicitar de ti un favor de nuevo. Se me ha confiado la custodia de esta mujer hasta que yo pueda regresar con los caballos de Tracia. Si la suerte no me es contraria, retornaré, mientras tanto te la doy para que sirva a tu familia. (Pausa.) Tras, fiero combate logré salvarla, cuida pues de ella como es preciso. (Pausa. Admeto mira a la mujer. Hay una pausa inicial de expectación.)

ADMETO : Oh amigo, si me lo permites, te ruego que deposites esta mujer en la casa de cualquiera otra ciudadano. No aumentes mi aflicción, que bastante tengo con la intolerable calamidad que ya conoces.

HERCULES : ¡Ojalá que fuere tanto mi poder, que de los infiernos trajese a la luz a tu esposa, así te probaría mi amistad y acabaría tu dolor.

ADMETO : Ya lo sé, pero no es posible que los muertos vuelvan a ver la luz.

HERCULES : No te desesperes en tu dolor. El tiempo mitigará tu pena; otra mujer te consolará y desearás celebrar nuevas bodas.

- ADMETO : ¡Calla! ¿Qué has dicho? Ninguna otra mujer ocupará el lugar de mi esposa jamás. Esté donde estuviere, mi deber es honrarla.
- HERCULES : Alabo tu propósito, pero no deja de ser una necedad.
- ADMETO : Necio o no, ¿qué importa? Moriré si le falto, aunque ya no exista.
(Pausa.)
- HERCULES : Haz, sin embargo, lo posible por acoger dignamente, en tu palacio, a la que te presento.
- ADMETO : No, por Júpiter, tu padre.
- HERCULES : No obrarás bien, si no lo haces.
- ADMETO : (Pensativo) Y si lo hago, el dolor desgarrará mi pecho. (Pausa.) No quiero ni mirarla siquiera que su figura me recuerda a Alcestes.
(A los sirvientes.) ¡Lleváosla, pues sí, la he de recibir en mi palacio.
- HERCULES : (Deteniendo a los sirvientes) No seré yo quien la entregue a tus servidores. Ha de ser a ti, o a nadie. (Hércules ha cruzado frente a la mujer del velo.) Solo a tu diestra la confío.
- ADMETO : (Con vacilación desciende hasta donde está la dama.) ¡Oh amigo!, me obligas contra mi voluntad.
- HERCULES : Extiende tu mano. (Admeto obedece, vuelve el rostro.) ¿La estrechas ya?
- ADMETO : Sí. (Pausa. Hércules sube al último peldaño de la escalinata del palacio.)
- HERCULES : (Con sonora voz.) Está bien, cuida de ella, pues algún día dirás que el hijo de Júpiter es un huésped agradecido. (A los sirvientes de Admeto.) ¡Quitadle el velo! (Los sirvientes con cierta duda obedecen.) Mírala; quizá te parezca semejante a tu esposa.
- ADMETO : ¡Oh dioses! ¿Qué diré? ¡Milagro inesperado! ¿Miro verdaderamente a mi esposa, o mi alegría es sólo engaño de mis ojos?
- HERCULES : No es engaño, la que ves es tu misma esposa.

ADMETO : ¿Pero es esta mi esposa, la que sepulté hace poco?

HERCULES : No tengas la menor duda, aunque no es extraño que desconfíes así de la fortuna.

ADMETO : Pero ... ¿por qué guarda silencio?

HERCULES : No te es lícito oír su voz antes de ofrecer la debida expiación a los dioses infernales, de quienes logré arrebatarla, junto al túmulo.

ADMETO : (A HERCULES) ¡Oh hijo de Júpiter y Alcmena! ¿cómo podré reciprocár el bien tan inmenso que hoy me has hecho? Quédate en mi casa, ¡tuyo es mi palacio!

HERCULES : Otra vez será, ahora me urge cumplir otra encomienda del Destino.

ADMETO : Pues que triunfes y vuelvas aquí a este palacio pronto. (Al Coro)
Y vosotros, ciudadanos de Feres, mando que se celebre este fausto suceso con cantos y danzas y que sobre las aras de los templos en esta tierra, se sacrifiquen víctimas y que el incienso acompañe nuestras pías, dando gracias a los dioses por tanta bondad. Nuestra vida es ahora mejor que antes, no negaré que soy dichoso. (Mutis con Alceste.)

CORO : Los designios de los dioses, exceden la medida de nuestro entendimiento.

El Destino inescrutable dirige nuestra vida por los caminos de la dicha o el tormento.

Y lo que fatalmente tendría que suceder

no ocurre, y entonces nuestra angustiada alma, recobra la tan ansiada calma

y una nueva esperanza nos vuelve a renacer.

TELON

Seminario Multidisciplinario
José Emilio Caballero
SMJEG
Fac. de Humanidades

1306409